

Sombras en las que perderse

D. Enrique González Gandarillas

El Tato caminaba por los pasillos del talego entre los que iban a currar. Los otros, encerrados en sus chabolos, apuraban la hora de sueño que les quedaba hasta el desayuno.

Había cumplido siete años de una condena de veinticinco. Ahora tenía cuarenta, más de la mitad de ellos habían transcurrido en prisión.

Estaba pagando por el asunto del atraco. *Un segurata na más. Hasta un niño...* El Comadreja les mintió; había tres. La cosa se les fue de las manos y tuvo que disparar a uno de los guardias, una chica.

Unas semanas después ligaron al Comadreja con un kilo de chocolate. Fue pillarle y empezar a cantar por soleares. *Comadreja*. Su recuerdo provocaba que una llamarada de furia recorriera sus venas.

Un funcionario le cacheó en la puerta del módulo de cocina. Hablaron del partido de futbol. No había hostilidad en sus actitudes. Asumían con naturalidad su papel, incluso con cierta camaradería.

Esa escena hubiera sido impensable cinco años atrás. Durante su tortuosa trayectoria carcelaria, el Tato aplicó con inquebrantable dogmatismo el código de la delincuencia. Ése que obliga a reducir el trato con los funcionarios, el que prescribe dar mala vida a chivatos y violadores, el que exige a un hombre comportarse como un hombre, esto es, tener *güevos* de mirar cara a cara a la muerte.

¿Qué había ocurrido dentro del Tato para que renunciara a las leyes de la marginalidad?

Al inicio de su última condena los recuerdos del Comadreja y la segurata muerta se habían instalado en él como un maléfico tumor que crecía consumiéndole. El mohín juvenil de la chica, su miedo, la torpeza



con que fue a empuñar su arma... Él apretaba sus mandíbulas. *Comadreja*. La palabra mágica que conjuraba sus fantasmas.

Fue en medio de esas turbulencias cuando un encontronazo en el patio provocó que se rompiera el dique de sus tormentosas contradicciones. El otro recluso acabó perdiendo un ojo. El Tato fue confinado en una celda de aislamiento. No podía ni imaginar que esa pequeña y opresiva estancia se convertiría en su viaje por el desierto.

Mientras cumplía el régimen de incomunicación, una meningitis estuvo a punto de segar la vida de su hija Mamen. El Tato apenas la conocía. Dejó preñada a la Mari y se casó con ella por pura inercia de la fatalidad. Pisaba poco por casa, caminaba a la deriva entregado a sus impulsos más autodestructivos. Era arrastrado por una cinta transportadora que, irremisiblemente, acabaría arrojándole de nuevo al agujero.

La Mari solía acercarse con la niña a las comunicaciones, pero él, a veces, ni se presentaba. Las visitas cesaron y no tardó en llegar una demanda de divorcio que ni se molestó en leer. Todo le daba igual.

Pero hay ideas que pueden devastar culturas, aniquilar mundos enteros. La imagen de su hija enferma penetró en él como un poderoso virus que destruyó todas sus defensas y dejó a la luz el núcleo de su vulnerabilidad. El recuerdo del Comadreja se esfumó por completo y su vacío vinieron a ocuparlo su hija y la segurata fallecida.

La dolorosa inocencia de ambas torturaba el corazón del Tato con desgarradores accesos de culpa. Sintió que si esa vida se rompía, desaparecería con ella toda esperanza; se abismó en una soledad sin límites; lloró con la desesperación de los niños y, por primera vez en su vida, rezó. Se arrepintió ante el gran juez de todo el dolor que había causado, asumió su condena, todas las condenas, y le pidió la guía que nunca había tenido. Si la niña salía adelante, él mismo encaminaría sus pasos para que no cayera en las trampas de la vida, para que fuera libre. *Libre*.



Currar en cocina fue uno de sus primeros propósitos de enmienda. Nunca había redimido condena trabajando. Siempre había preferido la vida del patio, haraganeando bajo el sol, conspirando entre las sombras. El currelo era muy duro: debía fregar enormes pilas de cacharros en todos los turnos de comida y mantener limpio el módulo. A cambio, esas exigencias disciplinaban su cuerpo y su alma concentrando todas sus energías en cumplir sus objetivos.

–Tato... Dejó de barrer y buscó sonriente esa voz amiga. La severidad del otro le llenó de una instintiva aprensión.

–Está aquí. La idea se aposentó como hormigón armado en su estómago. No hacía falta añadir nada más. *Comadreja*. Había pedido asilo en el módulo de enfermería. *Sabía lo que le pasaría en el patio*.

Los días se sucedieron en un sordo estupor. El Tato se desplazaba maquinalmente por la cárcel sumido en sus opacas meditaciones. No hablaba con nadie, le había abandonado la sonrisa. Sólo existía una realidad a la que volvía obsesivamente como la lengua retorna una y otra vez a la encía herida. *Comadreja*.

En el patio todos permanecían expectantes ante el drama que estaba a punto de representarse. Algunos espoleaban: –He visto a la maricon. Sólo habla con los funcionarios. Me han contado... El Tato se encerraba en un sombrío y hermético mutismo, lejos, muy lejos de todo y de todos.

–Suerte. Un recluso deslizó una varilla de acero en su mano.

En el chabolo, afilaba su punta raspándola con pausada diligencia contra el áspero pavimento del suelo. Había algo hipnótico en ese gesto, en la expresión vacía con la que el Tato realizaba su empeño.

Al cabo de los días alguien le dijo que tenían que pintar una sala en enfermería; entraría con su cuadrilla. La cárcel se confabulaba para que el Tato se redimiera en un acto de justicia suprema.

Atravesaron en silencio las diferentes puertas que les llevaban a su destino. El sonido de los cerrojos recorría las galerías con un eco aciago, fúnebre.



El Tato entró en la sala con el punzón en la mano, los otros se quedaron atrás observando. Dentro estaba el Comadreja leyendo distraídamente una revista.

–Roberto, ¿tienes algo que decirme?

El Comadreja se puso a sollozar patéticamente. Sólo alcanzó a murmurar: –Por favor, por favor, por favor...

El Tato alzó el punzón en el aire. Su terrible expresión, la forma en cómo se estremecía su brazo, el charco de orina que rodeaba al Comadreja, cortaron el aliento a los presentes.

El punzón descendió como un relámpago.

–Quiero que sepas que te perdono.

Encaró a los otros que observaban confundidos la grieta que había abierto el pincho al clavarse en la mesa.

–Que se entere to Dios; al que se le ocurra tocarle un pelo, le arranco el alma con mis manos.

Antes de ponerse a fregar los cacharros dobló la cartera por la mitad, dejando al descubierto la foto plastificada de su hija. Se remangó la camisa y hundió sus brazos en el agua espumosa.

Cuando es tan fuerte el abismo que alberga un corazón es necesario recordar, hora tras hora, día tras día, cuál es la luz que le ilumina. Porque sin ella no hay camino, sólo sombras en las que perderse.